



La Universidad en la vida y en la enseñanza de Mons. Escrivá de Balaguer

José Luis Illanes

DOCUMENTOS DEL INSTITUTO DE ANTROPOLOGÍA Y ÉTICA, 20

(<http://www.unav.es/centro/iae/documentos>)

Presencia de la Universidad en la vida y en la
acción de Monseñor Escrivá de Balaguer, 2

La enseñanza de Mons. Escrivá de Balaguer sobre
el espíritu universitario, 5

1. Amor a la verdad, 6
2. Espíritu de convivencia, 8
3. Actitud de solidaridad y servicio, 10
4. Sentido divino de la vida humana, 13

Conferencia pronunciada por el autor –Profesor Ordinario Emérito de la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra y Director del Instituto Histórico San Josemaría Escrivá de Balaguer (Roma)– en Santiago de Chile el 23 de julio de 1985.

El texto fue publicado en el libro colectivo *La personalidad del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer*, EUNSA, Pamplona 1994, pp. 101-132. Agradecemos a esta editorial su permiso para la presente edición.

Mons. Escrivá de Balaguer fue, ante todo y sobre todo, un gran cristiano, un hombre de fe profunda, enamorado de Jesucristo desde lo más íntimo de su corazón. Fue, inseparablemente unido a lo anterior, un gran sacerdote, que dedicó su vida entera al servicio de la Iglesia y de las almas. En dependencia de esas dos dimensiones fundamentales se sitúan todas las otras facetas de su rica personalidad. Entre ellas, su amor a la Universidad. Porque fue también, y no en último lugar, un gran universitario.

Hablando de sí mismo en una entrevista que concedió hacia el final de los años 60, se describió como **una persona que desde los dieciséis años no ha perdido el contacto con la Universidad**¹. En esa misma ocasión, poco después, añadía: **Todo lo que se refiere a la Universidad, me apasiona**². Vamos ahora a recoger algunos datos y esbozar algunos comentarios que nos ayuden a vislumbrar esa honda presencia de la Universidad en la vida y en la doctrina de Mons. Escrivá de Balaguer. El esquema que seguiremos corresponde a los dos puntos que acabamos de enunciar: vida y doctrina.

¹ *Conversaciones*, n. 76.

² *Ibidem*. n. 77.

Una persona que desde los dieciséis años no ha perdido el contacto con la Universidad. Estas palabras recién citadas nos remiten a los años 1917-1918 cuando Monseñor Escrivá de Balaguer, entonces adolescente, terminaba, en la ciudad española de Logroño, sus estudios de secundaria y veía abrirse ante él las perspectivas de una existencia en la que el acceso a la Universidad aparecía como un primer paso. Pensando en sus futuros estudios consideró, en aquellos momentos, que tal vez la Arquitectura pudiera ser la profesión más adecuada a su personalidad. Acaso le moviera a pensar así su sentido de la belleza. Sin embargo, en el invierno de 1917-1918, tuvo lugar un acontecimiento que marcó profundamente el rumbo de su vida. Mientras recorría las calles de una Logroño cubierta por la nieve, en un invierno particularmente crudo, percibió las huellas de las pisadas de un carmelita descalzo. Ese espectáculo removió su corazón. El hecho de que alguien –ese carmelita– hubiera sido capaz de soportar el frío por amor a Cristo, le llevó a reflexionar hondamente. **¿Yo qué hago por Cristo?**, fue la pregunta que se dirigió a sí mismo. Y no una sola vez, sino muchas, hasta que quedó grabada en lo hondo de su alma. Descubrió que Dios le pedía algo, que no sabía aún qué era, pero que le comprometía por entero. Tomó entonces una decisión: hacerse sacerdote, a fin de estar disponible para lo que Dios quisiera³.

³ Sobre éste y otros hechos de la vida de Mons. Escrivá de Balaguer a los que haremos a continuación referencia, pueden encontrarse otros datos, y comentarios más o menos amplios según los casos, en las biografías hasta ahora publicadas: S. BERNAL, *Mons.*

En 1918 inicia sus estudios sacerdotales en el Seminario de Logroño. Después marcha a Zaragoza, cuyo seminario tenía entonces rango de Universidad Pontificia. Cuando comunicó a su padre la decisión de orientar su vida hacia el sacerdocio, éste le dio un consejo: que además de los estudios sacerdotales cursara los de Derecho. Fue en 1922, avanzada ya su formación teológica, cuando pudo cumplir aquel deseo paterno. Comenzó a frecuentar la Universidad de Zaragoza, entonces y todavía hoy, una de las más prestigiosas de España, y en cuyas aulas, en aquellos años 20, se entrecruzaban las ideas liberales y positivistas heredadas del siglo XIX, con el iusnaturalismo y el pensamiento social cristiano, entonces en plena ebullición. Sus compañeros de estudios recuerdan su figura sacerdotal y a la vez su simpatía humana y su capacidad de trato que hicieron pronto que todos ellos vieran en él no sólo al sacerdote sino también el colega y al amigo. Los compañeros del seminario recuerdan, por su parte, cómo al regresar, después de las lecciones en la Universidad, dejaba traslucir las inquietudes apostólicas e intelectuales, suscitadas por su contacto con el ambiente de la Universidad de Zaragoza. Sus estudios y su experiencia universitaria van contribuyendo a que adquiera un sentido, cada día más profundo, del valor de la vida, de la inteligencia y de la urgencia de una honda presencia del pensamiento cristiano en la entraña misma del mundo intelectual.

En 1925 recibe la ordenación sacerdotal y asume sus primeros encargos pastorales. En 1927 termina los estudios de Derecho hasta el grado que es posible en la Universidad de Zaragoza. Toma una decisión: continuar esos estudios hasta

Escrivá de Balaguer. Apuntes sobre la vida del Fundador del Opus Dei, Madrid 1976; F. GONDRAND, *Au pas de Dieu. Josemaría Escrivá de Balaguer, Fondateur de l'Opus Dei*, Paris 1982; A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei. Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer (1902-1975)*, Madrid 1983; P. BERGLAR, *Opus Dei. Leben und Werk des Gründers Josemaría Escrivá*, Salzburg 1983.

realizar la tesis doctoral, lo que, en aquel entonces, obligaba a dejar Zaragoza y marchar a Madrid. Así lo hace. Todavía sigue sin saber qué es lo que Dios quiere de él. Su vida interior ha ido madurando en los años transcurridos desde los barruntos de Logroño, y sigue sonando fuerte en lo hondo del corazón la misma pregunta de entonces: **Dios ¿qué quiere de mí?, ¿para qué todo esto?** Esa incertidumbre cesa en la mañana del 2 de octubre de 1928. Con luz que no dejaba lugar a dudas, vio, en ese momento, cuál era el querer divino. Entendió y supo que Dios le llamaba a difundir entre todos los hombres la conciencia de su vocación divina. Todos los hombres, estén donde estén, son llamados al amor y a la unión con Dios, y deben responder a esa llamada santificando su trabajo, haciendo divinas las realidades todas de la tierra. Desde ese momento, su vida recibe un curso nuevo y definitivo. Alguna vez, rememorando aquellos años, comentó que desde entonces no tuvo ya tranquilidad alguna: empezó, enseguida, con decisión y sin dilaciones a buscar personas que le entendieran, a las que transmitir esa luz divina que había recibido.

Pronto se reúne a su alrededor un nutrido grupo: artistas, empleados, obreros, profesionales, jóvenes estudiantes universitarios. El número de estos últimos es relevante. Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer les dedica una particular atención. El número mismo lo exige; continúa además siendo consciente de lo que la Universidad y la inteligencia representan. Uno de sus amigos de aquellos años de Madrid, recuerda una conversación en la que Monseñor Escrivá de Balaguer utilizó un símil que expresa bien esa su convicción profunda. Le habló de las cumbres nevadas de las montañas que parecen no sólo frías, sino carentes de vida, pero esa nieve se derrite, y el agua, que baja por las laderas, acabará haciendo fecundos valles y cañadas. Así, comentó, ocurre con la inteligencia, así ocurre con la Universidad; es, aparentemente, un lugar alejado de la vida y de la acción, pero

el pensamiento que allí se acuña iluminará y moverá después a muchos.

Pasan los meses. Su labor sacerdotal va cuajando. El grupo de personas a su alrededor se hace más numeroso, y advierte pronto la necesidad de contar con un punto de apoyo material, con un lugar en el que poder reunirse. En 1933 constituye una academia, una entidad, por tanto, relacionada con la vida universitaria. Responde al nombre de Academia DYA, cuya primera significación es Academia de Derecho y Arquitectura. Esas siglas tienen, sin embargo, a sus ojos, una significación más profunda: Dios y Audacia, confiemos en Dios y lancémonos a llevar la luz de la fe al mundo entero, seguros de que la palabra de Dios se abrirá camino, pasando incluso a través de las montañas. De hecho la labor de la Academia DYA toma cuerpo y, el año siguiente, en 1934, se amplía dando vida a una residencia: un lugar en el que no sólo se ofrece enseñanza complementaria de la que se imparte en la Universidad, sino donde es dado encontrar un ambiente, un hogar que sea ámbito de formación de personas. Porque este es un ideal que subyace a toda la obra de Mons. Escrivá de Balaguer: aspira a formar hombres, a formar cristianos, y a formarlos a fondo.

En enero de 1935 escribe unas cuartillas glosando y recogiendo algunas de sus experiencias. La Academia-Residencia DYA –escribe– tiene como finalidad la formación de quienes a ella acuden, es decir **procurar el mejoramiento de su vida cristiana, dándoles a conocer y haciéndoles practicar la vida interior, y de su vida profesional, convenciéndoles de que estudiar es obligación grave.** Vida cristiana y vida humana, vida de fe y vida de la inteligencia se hermanan y entrecruzan. Se trata de crear un lugar y un ambiente en el que se aprenda que ser cristiano y ser hombre no son dos cosas heterogéneas y menos aún opuestas, sino dos realidades íntimamente relacionadas, dos aspectos de una misma vida que tiene que ser vivida con

intensidad en todas sus dimensiones profundas. *Consideraciones espirituales*, una obra que prepara desde tiempo atrás y que publica en 1934 –años más tarde, ampliada, recibirá su título definitivo: *Camino*–, expresa, con particular hondura y amplitud, la misma doctrina.

La guerra española que estalla en 1936, trunca la labor que se realizaba en la Residencia DYA. La existencia de Mons. Escrivá de Balaguer, como la de todos los españoles, se ve profundamente afectada. No cesa, sin embargo, su preocupación y su contacto con los universitarios. Apenas termina la contienda, en 1939, abre una nueva residencia, a la que van a seguir después otras muchas, en todo el mundo; entre ellas, esta Residencia Alborada que ahora nos acoge.

Pero no es esta actividad, aun siendo muy importante, su única relación con la Universidad. En todos esos años ha ido fomentando en muchas personas, jóvenes estudiantes o universitarios ya agregados de las aulas, la preocupación por la ciencia, animándoles, si tenían condiciones para ello y si personalmente consideraban que era su vocación, a que se lanzaran al trabajo universitario. Él mismo había ejercido la docencia en sus últimos años de Zaragoza y los primeros de Madrid y, más tarde, participa como profesor de deontología en el primer intento de construir una escuela de rango universitario para la formación de periodistas. Años después, en 1952, lanza otra iniciativa de particular envergadura: la fundación de una Universidad, la Universidad de Navarra a cuyo claustro me honro en pertenecer.

Surgió la Universidad de Navarra **con la ilusión de dar vida** –como ha comentado el propio Mons. Escrivá de Balaguer– **a una institución universitaria en la que cuajaran los ideales espirituales y apostólicos de un grupo de profesores, que**

sentían con hondura su quehacer docente⁴. Aquí, como antes en 1933 respecto a DYA, una visión de fondo anima la empresa: esa conciencia de los nexos profundos entre vocación cristiana y vocación humana que se concreta y expresa en el deseo de promover un quehacer docente llevado a cabo con rigor, con apertura intelectual, con espíritu de servicio. Mons. Escrivá de Balaguer concibió desde el principio a la Universidad de Navarra como una institución en íntimo contacto con el resto del mundo universitario. No hubo jamás en su acción ni en su mente una actitud de mera defensa, o de apartamiento hacia un mundo alejado del quehacer ordinario. En todo instante se situó y situó las obras que impulsaba en el seno de la sociedad y de la vida, con afán de almas y deseo de realizar una aportación originaria, de acuerdo con las posibilidades de quienes, en cada caso, participaran en el empeño. Y también aquí, como antes respecto a DYA, lo ocurrido en 1952 fue sólo un comienzo: la Universidad de Navarra ha crecido y han surgido después otras, fruto asimismo de la acción y del impulso espiritual de Mons. Escrivá de Balaguer: la de Piura, en Perú; la de la Sabana, en Colombia; la Panamericana, en México; a las que cabe unir otros muchos centros de rango superior en Europa y Oceanía.

Desde 1946 Mons. Escrivá de Balaguer fijó su residencia en Roma. La tarea de gobernar el Opus Dei y orientar su desarrollo ocupa su tiempo y sus energías. Sin embargo, su contacto con la Universidad no cesa; no sólo porque ofrece su estímulo y su oración a quienes actúan directamente en ese campo, sino también porque en muchos momentos y ocasiones continúa encontrándose directamente con los universitarios. Sus visitas a la Universidad de Navarra son frecuentes: 1960, 1964, 1967, 1972, 1974. En la década de los sesenta un grupo de estudiantes alemanes acude a Roma, durante la Pascua de

⁴ *Conversaciones*, n. 82.

Resurrección, según un uso existente ya en Alemania; entre ellos hay varios miembros del Opus Dei. Son recibidos por Mons. Escrivá de Balaguer, que les dedica parte de su tiempo. El viaje se repite hasta convertirse en costumbre de la que participan no sólo alemanes, sino universitarios de muchos otros países de Europa, América, Asia y África. Mons. Escrivá de Balaguer tiene con ellos encuentros análogos a los que celebra con ocasión de sus diversos viajes: los ya mencionados a la Universidad de Navarra y los que realiza en 1970 a México, en 1972 a España y Portugal, y en 1974 y 1975 a América casi entera, desde Argentina y Chile hasta México y Guatemala, pasando por Venezuela, Brasil, Perú y Ecuador. Son encuentros, en lo exterior, distintos de aquellos que tenía en los años treinta con los universitarios de la Residencia DYA, pero iguales en el fondo. En todos ellos está presente un mismo afán de hacer que los universitarios que le escuchan tomen conciencia de su vocación humana y cristiana dejando que la luz de la fe ilumine sus inteligencias y sus corazones y les haga descubrir que cualquier vida, y en concreto esa vida suya de estudiantes, debe ser un encuentro con Cristo, y un encuentro con Cristo que redunde en un buen quehacer humano, en la tarea de santificar su tarea y su misión como universitarios.

La enseñanza de Mons. Escrivá de Balaguer sobre el espíritu universitario

Como es de esperar en quien, durante casi sesenta años, no ha perdido el contacto con la Universidad, las enseñanzas de Mons. Escrivá de Balaguer sobre la vida universitaria son amplias y variadas. Comencemos nuestro comentario señalando lo que podríamos calificar de fundamentos o líneas estructurales. Son a nuestro juicio dos:

a) La primera de ellas se deduce directamente de la panorámica biográfica que acabamos de trazar. Mons. Escrivá de Balaguer habla de la Universidad a partir de experiencias adquiridas desde el interior de la Universidad misma y, en consecuencia, con un conocimiento no sólo teórico sino práctico, más aún acompañado de un amor profundo a la institución universitaria. No nos ofrece una enseñanza aprendida sólo en los libros sino que nos transmite el conocimiento y el aprecio a la Universidad adquirido de una tradición ya de siglos —la de la Universidad tal y como ha sido configurada a lo largo de la historia—, con el deseo de continuarla y, eventualmente, perfeccionarla, a fin de transmitir a las generaciones futuras una Universidad, que puede ser mejor que aquella que se recibió precisamente porque se edificaba sobre lo recibido.

b) La segunda ha sido ya también mencionada: esa convicción profunda sobre el valor pleno de la fe, que no es, en modo alguno, una realidad sectorial ni una fuerza que se yuxtapone desde fuera a la realidad creada, sino una luz divina que incide en las dimensiones profundas de lo humano. La fe, en consecuencia, al iluminar las realizaciones humanas, y entre ellas la Universidad, no las destruye sino que potencia lo que esas realizaciones ya eran, o estaban destinadas a ser. Un hondo sentido cristiano de la secularidad inspira e informa, en suma, su planteamiento.

Estas dos líneas estructurales vamos a encontrarlas al analizar los cuatro puntos o aspectos que hemos escogido como objeto de nuestro comentario, ya que —así nos parece— permiten ofrecer un cierto resumen de las enseñanzas de Mons. Escrivá de Balaguer respecto a la institución universitaria. La Universidad en sus discursos y escritos se nos presenta, en efecto, como una institución especificada por el amor a la verdad; caracterizada por su espíritu de fraternidad y de convivencia; animada por una actitud de solidaridad y de servicio, y, finalmente, llevada a

perfección cuando la orienta, desde lo más profundo, el sentido divino de la vida humana.

Como puede verse, vamos a centrar nuestra exposición en lo que podríamos llamar espíritu universitario. No vamos a tratar, por tanto, ni de aspectos jurídicos, como pueden ser el derecho a crear Universidades, la libertad de enseñanza, la función que respecto a la Universidad corresponde al Estado, a la sociedad civil y a la Iglesia, etc. Ni tampoco de cuestiones estructurales: de cómo la Universidad debe organizarse interiormente. Haremos alguna referencia a esas cuestiones, pero más bien de pasada, pues la perspectiva que hemos adoptado ha sido, como acabamos de decir, la del espíritu universitario, cuestión que nos ha parecido más básica, abarcante y radical.

1. *Amor a la verdad*

La Universidad puede ser definida como *universitas scientiarum*, lugar o ámbito donde están presentes y son enseñadas la totalidad de las ciencias. Los estudiosos de la vida universitaria han podido distinguir diversos modelos de Universidad. Se habla así, en ocasiones, de un modelo anglosajón, centrado en el ideal de la formación del *gentleman* o del ciudadano; de un modelo francés, que pone el acento en la promoción de la vida intelectual, en la creación de inquietudes y la difusión de las ideas; de un modelo alemán, que aspira a constituir una comunidad de investigadores que realizan su labor en conexión los unos con los otros. Esas diversas caracterizaciones, más o menos exactas, presuponen, como sustrato esencial, la referencia al saber, al conocimiento, al desarrollo de una actitud abierta a lo real, a la búsqueda positiva y esforzada de la verdad. Sin ello no hay vida universitaria.

Mons. Escrivá de Balaguer fue un enamorado de la verdad. En más de una ocasión comentó que Dios había dado al hombre dos participaciones de su poder: la capacidad de engendrar que permite cooperar con Dios en la transmisión de la vida; y la inteligencia, chispazo del entendimiento divino que nos hace conocer y amar⁵. La inteligencia, cualidad humana por excelencia, abre al hombre a la realidad, y fundamenta esas dos dimensiones cruciales de nuestro existir que son, por una parte, la capacidad de advertir la realidad de quienes nos rodean y, en consecuencia, de amar; y, por otra, la de captar las estructuras de lo real, la de descubrir las leyes que rigen el comportamiento de la naturaleza y, en consecuencia, la de dominarla, es decir, la de trabajar.

El amor a la inteligencia, la consideración de la inteligencia como participación en el entender divino, se encuentra en la raíz de múltiples enseñanzas y actitudes de Mons. Escrivá de Balaguer y, concretamente, en la raíz de su forma de entender la Universidad. Siempre y en todo momento la vio como institución que debía estar informada, hasta lo más hondo, por el amor a la verdad, por eso su visión de la Universidad no fue jamás regionalista o cerrada. Sabía, como es obvio, que toda Universidad ha de estar, necesariamente, situada en un cierto lugar o ámbito geográfico, pero consideró siempre que debía trascender ese ámbito. En muchos de sus discursos pronunciados en Pamplona o en escritos dirigidos a la Universidad de Navarra insistió en ese carácter amplio de la Universidad, que debe estar abierta al mundo entero y manifestar esa apertura recibiendo en su seno personas de los más diversos lugares y dando acogida a los más diversos problemas.

Con el amor a la verdad se relaciona otra realidad importante: la libertad; más concretamente, la libertad como rasgo

⁵ Cfr. *Es Cristo que pasa*, n. 29

propio de la vida universitaria. Leamos unas palabras suyas de 1939: **Libertad de los maestros y de los profesores, para que puedan ejercer su profesión con nobleza y competencia, sin injustas presiones de un monopolio de privilegiados; para que puedan estudiar y buscar sinceramente la verdad, sin estar condicionados por motivos de situación económica o social. Y estrechamente unida a todas estas honestas libertades, la libertad de los alumnos, el derecho a que no se deforme su personalidad y no se anulen sus aptitudes, el derecho a recibir una formación sana, sin que se abuse de su docilidad natural para imponerles opiniones o criterios humanos de parte...**⁶.

Pero si el amar la verdad trae consigo consecuencias respecto a la estructura de la Universidad, ha de tenerlas sobre todo en las personas, de quienes las instituciones reciben vida. El universitario, todo universitario, debe ser un enamorado de la verdad. Citemos unas palabras tomadas de un discurso pronunciado en octubre de 1967, durante un acto académico en la Universidad de Navarra. **Sois** –decía, dirigiéndose a los profesores que le escuchaban– **unos preclaros cultivadores del Saber, enamorados de la Verdad, que buscáis con afán para sentir luego la desinteresada felicidad de contemplarla. Sois, en verdad, servidores nobilísimos de la Ciencia, porque dedicáis vuestras vidas a la prodigiosa aventura de desentrañar sus riquezas**⁷. No es universitario, no tiene el espíritu propio de la Universidad, quien permite que le dominen

⁶ Un comentario de este texto en F. PONZ, *La educación y el quehacer educativo en las enseñanzas de Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer*, en AA. VV., *En memoria de Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer*, Pamplona 1976. pp. 107 ss.

⁷ J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Discurso pronunciado durante un Acto Académico con ocasión de la investidura de Doctores «honoris causa»*, Pamplona 7-X-1967.

por prejuicios o ideas preconcebidas, quien se deja arrastrar por modas culturales, quien está más atento a sí mismo y a sus intereses que a la realidad de las cosas, quien no es dócil por entero a las exigencias intelectuales y vitales de la verdad. El espíritu universitario reclama valoración radical de la inteligencia, conciencia plena y total del lugar centro que la verdad ocupa en el edificarse de la cultura y la personalidad humana.

Mons. Escrivá de Balaguer, fue ante todo, ya lo decíamos al principio, creyente y sacerdote, hombre de profunda fe y de profunda piedad, y no ignoraba que, como dice el místico castellano, Juan de la Cruz, «al fin de la vida seremos juzgados en el amor». Es de amor de lo que, en última instancia, nos hablan las Escrituras, y es, por tanto, en la fe, en la piedad, en el amor donde está el centro de la vida humana. Pero el amor no es opuesto a la verdad; al contrario, la reclama. Unas palabras del profeta Isaías, acudieron con frecuencia a la pluma y a los labios de Mons. Escrivá de Balaguer: *discite bene facere*, aprended a hacer el bien⁸. No basta con querer ser bueno, no basta con el deseo de practicar el bien, hay que saber discernir, reconocer el bien. La verdad, el estudio, del que la Universidad es centro privilegiado, estarán siempre en el centro del existir humano. El cristiano deberá poseer una piedad de niño pero, a la vez, e inseparablemente, doctrina de teólogo⁹.

⁸ Is 1,17; cfr. el comentario de Mons. Escrivá de Balaguer en: *Amigos de Dios*, nn. 38, 91, 145 y 232.

⁹ *Es Cristo que pasa*, n. 10.

2. *Espíritu de convivencia*

Si la Universidad puede ser definida como *universitas scientiarum*, es también, e inseparablemente, *universitas magistrum et scholarum*, comunidad de profesores y de alumnos. La Universidad no es mero lugar de investigación, sino ámbito en el que la verdad, una vez hallada, se transmite y entrega. Esta transmisión de la verdad forma parte esencial del estructurarse de la Universidad. Más aún, lo que la Universidad debe transmitir no es sólo la verdad ya encontrada, sino algo más radical, es decir, el ansia y el deseo de verdad, la ilusión y la esperanza que sostiene la actividad del científico. El científico busca la verdad y la busca porque la ama, y es eso lo que la Universidad debe comunicar a cuantos frecuenten sus aulas. Todo lo cual reclama actitudes y disposiciones concretas en la estructura universitaria y en el temple de alma de quienes la regentan. En el acto académico de Pamplona, en octubre de 1967, después de la frase ya citada, en la que Mons. Escrivá de Balaguer, dirigiéndose a los miembros del claustro universitario, les recordaba y les invitaba a ser enamorados de la verdad, en ese mismo discurso, añadía enseguida que eso no basta: **la tradición cultural heredada del Cristianismo, que transmite a vuestras tareas plenitud humana, os empuja a comunicar después esas riquezas a los estudiantes, con abierta generosidad, en la alegre labor del magisterio, que es forja de hombres mediante la elevación de su espíritu**¹⁰.

Forja de hombres: a eso debe aspirar la Universidad, tal como Mons. Escrivá de Balaguer la concibe. El mismo fue, a lo largo de toda su vida, un gran forjador de hombres. Tanto en su relación con el mundo universitario como en su labor

¹⁰ *Discurso*, cit. en la nota 7

extrauniversitaria tuvo siempre presente que la vida de las instituciones está en estricta dependencia de las personas que las animan. Muchas veces, en sus viajes, expresó este pensamiento con frase gráfica: **No vengo a ver las jaulas, sino los pájaros;** no me interesan los edificios y las construcciones, sino los hombres y las mujeres que los habitan. Aspiraba a dejar detrás de sí no simplemente escritos libros, normas o edificios, sino más bien personas que hubieran asimilado vitalmente un espíritu, unas convicciones, una manera de vivir: esa y no otra es la verdadera garantía de la continuidad histórica. Desde este planteamiento general contempló la Universidad, concibiéndola como una institución formadora, y formadora por esencia. Una Universidad a la que le falte este sentido de misión es una Universidad en la que le falta no algo accidental sino su propia razón de ser. **No hay Universidad propiamente dicha** –proclamaba en un discurso pronunciado en noviembre de 1964– **en las escuelas donde, a la transmisión de los saberes no se una la formación enteriza de las personalidades jóvenes**¹¹. No hay Universidad si no hay forja de personas, promoción de hombres capaces de asumir su vocación y cuanto de ella dimana.

Esta tarea formadora reclama de la Universidad, además de amor a la ciencia, espíritu de convivencia, capacidad de trato, creación de un ámbito en el que quienes integren la Universidad se relacionen entre sí no sólo como científicos, como participantes en el saber, sino también, y precisamente, como personas, como seres humanos, dotados de responsabilidad y de destino. Todo ello implica conocimiento mutuo, amistad, cooperación, una amplia gama de relaciones que se origine y nazca de la preocupación por el saber que define a la Universidad, pero que se extienda más allá del saber mismo, y, en

¹¹ J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Discurso pronunciado durante un Acto Académico con ocasión de la investidura de Doctores «honoris causa»*, Pamplona 28-XI-1969.

consecuencia, un ambiente en que cada uno de los componentes de la Universidad se abra a la tarea de formar y ser formado, es decir, a la comunicación y a la entrega, pues sin ella no hay realización de la persona.

Es obvio que una tal actitud de espíritu no puede imponerse: se abre a la comunicación quien quiere abrirse, recibe quien quiere recibir. Tampoco la Universidad puede, pues, garantizar su existencia, pero ha de aspirar a ofrecer, por su estructura misma, un ambiente que la facilite. De ahí que Mons. Escrivá de Balaguer subrayara con fuerza, que el ambiente universitario deber ser un ambiente en el que haya lugar para la libertad y la responsabilidad personales, en el que cada uno pueda saberse en casa propia, en el que todos se sientan invitados a manifestarse y actuar con confianza, en el que haya convivencia, en el que puedan expresarse con serenidad opiniones y pareceres. En el escrito de 1935, al que ya antes nos hemos referido, describiendo lo que debían ser las residencias de estudiantes como la iniciada entonces en Madrid, escribía: **La residencia no es convento, ni colegio, ni cuartel, ni asilo, ni pensión: es familia;** lugar donde quienes viven encuentran amistad, fraternidad, comprensión; lugar donde hay diferencias, pero no divisiones, donde hay trato y comunicación. Ese mismo espíritu debe animar también ese ámbito más amplio que es la Universidad. Así lo reiteraba en la entrevista, ya citada, concedida a finales de los años sesenta: las instituciones universitarias deben caracterizarse por impartir una **educación en la libertad personal y en la responsabilidad también personal. Con libertad y responsabilidad se trabaja a gusto, se rinde (...), todos se sienten en su casa.** Son, como vemos, casi las mismas palabras que empleaba en 1935. Sobre esa base, continuaba, puede edificarse **el espíritu de convivencia donde se forma la persona: allí aprende cada uno que, para poder exigir que respeten su libertad, debe primero respetar la libertad de los**

otros¹²; ahí aprende a dialogar, a conocer a los otros, a comprenderlos y, en consecuencia, a amarlos, a servirlos.

No es extraño que, prolongando esas consideraciones, Mons. Escrivá de Balaguer entendiera la Universidad como empresa común, como tarea hecha por todos, como tarea que todos deben sentir como propia, ante la cual nadie puede adoptar una actitud meramente pasiva, de mero receptor, sino que reclama de todos y de cada uno responsabilidad, participación, compromiso. Y este concepto de empresa común, en su mente y en su corazón se extendía no sólo a profesores y alumnos, sino también a todo el conjunto de personas que de una forma u otra integran una Universidad, incluido el personal administrativo y de servicios, en sus múltiples y diversas manifestaciones. De ello quiso dejar constancia en más de una ocasión: **La vida de este centro universitario** –afirmó refiriéndose concretamente a la Universidad de Navarra– **se debe principalmente a la dedicación, a la ilusión y al trabajo que profesores, alumnos, empleados, bedeles, y estas benditas y queridísimas mujeres navarras que hacen la limpieza, todos, han puesto en la Universidad**¹³.

La frase que acabamos de citar, y otras parecidas que podrían acompañarla, no fueron frases de circunstancias, palabras dichas porque así lo exigía el momento, sino fruto de una convicción radical que entronca con otros aspectos centrales de su espiritualidad: la conciencia de que lo espiritual debe expresarse y, por así decir, materializarse en lo más ordinario y concreto; el profundo convencimiento de que ese aprecio a lo auténtico y a lo verdadero que constituye el núcleo de la actitud científica, guarda analogía, y analogía profunda, con el aprecio a las cosas,

concibiéndolas incluso en su materialidad, en suma con el amor a lo que, con una expresión tremendamente suya, cabe calificar como **cosas pequeñas**¹⁴. Es decir, las realidades diarias, cotidianas, que parecen menudas, pero que son en realidad grandes, porque en ellas puede y debe manifestarse el amor, porque forman parte de ese gran poema del amor divino que se nos reveló en lo concreto: en la vida humana de Jesús. Enseñar a amar, enseñar a valorar las cosas y saberse situado entre personas –y esta es la meta de la labor formadora de la Universidad– es algo que debe hacerse no sólo en el momento mismo de la docencia, sino en toda la vida y en todos los ámbitos, también los materiales, de la Universidad. El cultivo de la ciencia no puede estar separado del aprecio a las personas, ni del sentido, también estético del valor de las cosas.

3. *Actitud de solidaridad y servicio*

Cuanto venimos diciendo muestra con claridad que la Universidad no tiene su fin en sí misma: no es una institución cerrada sobre sus propias fronteras sino abierta a la verdad y ordenada al servicio del hombre. La historia y la sociedad, en la que el hombre vive y se desarrolla, configuran así el horizonte de la institución universitaria.

La ya citada entrevista concedida por Mons. Escrivá de Balaguer en los años sesenta comienza precisamente con esta declaración tajante: **La Universidad debe contribuir, desde una posición de primera importancia, al progreso humano**¹⁵.

¹² *Conversaciones*, n. 84.

¹³ *Ibidem*, n. 83.

¹⁴ *Ibidem*, n. 73.

¹⁵ *Ibidem*.

La Universidad no puede ni debe aislarse de cuanto ocurre en el mundo, puesto que, en su misma entraña, radica una dimensión de universalidad. Su empeño en el desarrollo del saber y en la forja de personalidades humanas hacen que ocupe un lugar destacado en el proceso evolutivo de la sociedad y de la historia.

¿Cómo precisar ese lugar y las implicaciones que de ahí derivan en orden al espíritu universitario? La respuesta que Mons. Escrivá de Balaguer da a esta pregunta se articula en una serie de afirmaciones concatenadas entre sí hasta ofrecernos una enseñanza acabada.

El punto de partida está constituido, sin duda alguna, por la importancia que reconoce y otorga a la formación profesional. El ideal que debe mover al universitario, debe ser, ante todo, el del **trabajo bien hecho**, y por tanto, durante los años de estudio, el de la adquisición de **la preparación científica adecuada**¹⁶. La Universidad es una institución o ámbito de carácter formativo, al que las sucesivas generaciones acuden a fin de alcanzar la preparación necesaria para afrontar la vida que vendrá después. El hondo sentido que Mons. Escrivá de Balaguer tuvo acerca del valor del trabajo bien hecho, de la competencia profesional, de la importancia de los aspectos técnicos y concretos de toda tarea, repercuten aquí, fundiéndose con su experiencia universitaria. No puede realizarse un eficaz servicio a la sociedad si no se posee la debida formación profesional. La conciencia del deber social connota de forma muy directa el saber y, por tanto, el estudio.

No olvidemos, sin embargo, que la formación profesional no es algo meramente técnico. Como ya decíamos al principio, dos son los aspectos o dimensiones del ser a los que nos abre ese chispazo del entender divino que es la inteligencia humana: el reconocimiento de la verdad del otro, que funda el amor, y el

¹⁶ *Ibidem*, n. 75.

reconocimiento de la estructura de los seres, que posibilita el trabajo. Una conclusión se impone: el trabajo, y por tanto la competencia profesional, adquieren su valor real y definitivo, se sitúan en un contexto humano, que, a fin de cuentas, recibe su sentido del amor. El trabajo es servicio y el servicio presupone a su vez que se tenga conciencia del valor del hombre, a quien el servicio se adecua. La Universidad no puede limitarse a transmitir saberes, a otorgar una competencia técnica, sino que debe promover una toma de conciencia del valor de la persona humana y de cuanto de ahí deriva. **La Universidad no debe formar hombres que luego consuman egoístamente los beneficios alcanzados en los estudios, debe prepararles para una tarea generosa de ayuda al prójimo, de fraternidad cristiana**¹⁷. Las aulas universitarias deben ser palestra en las que se difunda y adquiera una actitud de sincera preocupación ante los problemas que en cada coyuntura histórica conmueva a hombres y ciudades.

Todo lo cual supone que en la Universidad han de reflejarse esos problemas y esas inquietudes: dificultades, ilusiones, afanes, todo lo que existe en la sociedad humana debe repercutir en la Universidad y encontrar en ella respuesta o, al menos, atisbos de respuesta. Así lo proclamaba Mons. Escrivá de Balaguer en dos sucesivos discursos académicos pronunciados en Pamplona, uno en 1972, otro en 1974: **La Universidad** –decía en esta última fecha, retomando en parte palabras pronunciadas en la anterior– **no vive de espaldas a ninguna incertidumbre, a ninguna inquietud, a ninguna necesidad de los hombres. Y su corazón vibra, apasionado, cuando las investigaciones – teológicas, jurídicas, biológicas o médica– alcanzan la realidad sagrada de la vida. La Universidad sabe que la necesaria objetividad científica rechaza justamente toda neutralidad ideológica, toda ambigüedad, todo**

¹⁷ *Ibidem*.

conformismo, toda cobardía: el amor a la verdad compromete la vida y el trabajo entero del científico, y sostiene su temple de honradez ante posibles situaciones incómodas, porque a esa rectitud comprometida no corresponde siempre una imagen favorable de la opinión política¹⁸. No cabe ser neutrales ante la verdad¹⁹. El universitario debe sentirse comprometido por la verdad y debe transmitir a quienes la frecuentan un espíritu, un temple de alma caracterizada por la autenticidad, el compromiso, el empeño.

La cuestión que estamos examinando culmina necesariamente –y eso ocurre también en la enseñanza de Mons. Escrivá de Balaguer– con una referencia al complejo problema de las relaciones entre Universidad y política. Sus palabras fueron, a este respecto, claras: la Universidad debe afrontar las cuestiones políticas, pero debe afrontarlas sin traicionar su esencia. Esto quiere decir, en primer lugar y ante todo, que debe afrontarlas desde la perspectiva de la verdad, y por tanto mediante la reflexión y la investigación desapasionada sobre cuál sea la verdad de las cosas. Así en ese discurso de 1974, recién citado, añadía poco después de las palabras que acabamos de reproducir: la Universidad ha de ser fiel **en las inciertas circunstancias del presente, a su misión de servicio a los hombres, mediante la investigación universal de la verdad**²⁰. Unos años antes, en 1967, se había expresado en forma parecida: **la Universidad tiene como su más alta misión el servicio a los hombres, el**

¹⁸ J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Discurso pronunciado durante un Acto Académico con ocasión de la investidura de Doctores «honoris causa»*, Pamplona 9-V-1974.

¹⁹ Cfr. *Camino*, nn . 33, 34, 394 y 395.

²⁰ *Discurso*, cit. en la nota 18.

ser fermento de la sociedad en que vive: por eso debe investigar la verdad en todos los campos²¹.

A esta primera condición debe unirse una segunda: la Universidad debe abordar las cuestiones políticas no sólo desde la perspectiva de la verdad sino con conciencia de libertad, es decir, con advertencia de la opinabilidad de los diversos pareceres, opinabilidad que aumenta a medida que nos vamos acercando a las decisiones prudenciales. El educador, y en concreto el profesor universitario, debe orientar a sus alumnos sobre las grandes cuestiones humanas, también la política, pero sin olvidar cuál debe ser su objetivo: **colocar a los que le escuchan en condiciones de formar con libertad las propias opiniones en todos estos asuntos temporales (...), y de asumir la responsabilidad personal de su pensamiento y de su actuación**²². La misión de la Universidad es misión formativa. No le compete, pues, la resolución inmediata de las cuestiones e inquietudes que agitan a la sociedad, sino más bien la de iluminarlas desde la verdad, lo que implica responsabilidad social y sentido del deber, pero, a la vez e inseparablemente, conciencia del límite de los pareceres humanos, espíritu de diálogo, capacidad de convivencia.

En más de una ocasión, hablando de este tema, Mons. Escrivá de Balaguer subrayó la necesidad de que la Universidad mantenga siempre su condición de ámbito apto para el estudio y el intercambio de pareceres, evitando cuanto, a causa de un mal entendido deseo de eficacia, pudiera conducirla a comportamientos que podrían desnaturalizar su esencia y, haciéndole perder su carácter de lugar de diálogo y de investigación, convertirla en escenario de enfrentamientos que acabarían por destruirla. En la entrevista de prensa, ya varias veces

²¹ *Discurso*, cit. en la nota 7.

²² *Conversaciones*, n. 90.

mencionada, una de las preguntas que le dirigieron versaba sobre la presencia de la política en la Universidad. La respuesta que dio es la siguiente: **Me parece que sería preciso, en primer lugar, ponerse de acuerdo sobre lo que significa *política*. Si por política se entiende interesarse y trabajar en favor de la paz, de la justicia social, de la libertad de todos, en este caso, todos en la Universidad, y la Universidad como corporación, tienen la obligación de sentir esos ideales y de fomentar la preocupación para resolver los grandes problemas de la vida humana.**

Si por política se entiende, en cambio, la solución concreta a un determinado problema, al lado de otras soluciones posibles y legítimas, en concurrencia con los que sostienen lo contrario, pienso que la Universidad no es una sede que haya que decidir sobre eso.

La Universidad es el lugar para prepararse a dar soluciones a esos problemas; es la casa común, lugar de estudio y de amistad; lugar donde deben convivir en paz personas de las diversas tendencias que, en cada momento, sean expresión del legítimo pluralismo que en toda sociedad existe²³.

En la raíz de este planteamiento encontramos, de una parte, una comprensión del progreso social como fruto de la pluralidad de las iniciativas y una aguda visión del hombre como ser espiritual y por tanto reducible a una única dimensión —la política— de la cual todo dependa y en la cual todo se nos resuma. En segundo lugar, la que, en palabras del propio Mons. Escrivá de Balaguer, podemos definir como mentalidad laical²⁴, es decir esa

²³ *Ibidem*, n. 76; cfr. n. 77.

²⁴ Por ejemplo, cfr. *ibidem*, n. 117.

mentalidad propia del laico, del hombre que vive en el mundo entregado al trabajo y a las ocupaciones seculares, de donde deriva el aprecio y el amor a las realidades humanas, el reconocimiento del valor de cada institución y de cada actividad, la clara conciencia de que cada parcela de la realidad tiene estructuras propias que es necesario conocer y respetar, el convencimiento de que la verdadera eficacia no se obtiene a través del apresuramiento y la manipulación, sino del trabajo serio y profundo, adecuado a lo que en cada momento exige la verdad de las cosas. Todo lo cual, en el caso concreto que ahora nos ocupa, implica conciencia del valor de la persona humana y valoración de la Universidad como institución que tiene en la investigación de la verdad y en la formación del hombre los fines que la especifican, fines que deben ser respetados y potenciados si se desea que preste a la sociedad el servicio que está llamada a prestar y que la sociedad necesita.

4. *Sentido divino de la vida humana*

Los diversos rasgos del espíritu universitario que venimos comentando, son rasgos que cabe percibir y apreciar a partir de la experiencia humana general. Son a la vez rasgos cristianos. De hecho, Mons. Escrivá de Balaguer vio siempre la Universidad desde la perspectiva de la fe: como ya dijimos al principio, fue, ante todo, un cristiano y un sacerdote, y la perspectiva sacerdotal influyó siempre en sus planteamientos y declaraciones. Fue desde la fe como contempló la Universidad y como habló de ella. Pero no debemos olvidar que fue siempre consciente de que lo humano y lo cristiano no son dimensiones que se limiten a yuxtaponerse y, menos aún, que se hagan violencia una a la otra: lo cristiano asume lo humano y lo eleva, perfeccionándolo desde dentro y llevándolo a configuración definitiva. Ver la Universidad

desde la perspectiva de la que no es instrumentalizarla en servicio de objetivos que le sean ajenos, sino potenciar y desarrollar esa dinámica de amor a la verdad y servicio al hombre que la constituyen; lo que exige, como dato básico y fundamental, el respeto de sus caracteres intrínsecos.

Cuando, en 1922-1923, Mons. Escrivá de Balaguer empezó a cursar los estudios de Derecho en la Universidad de Zaragoza se encontraba todavía en el seminario. Los estudios de Teología estaban ya en su fase final, pero el empeño que esos estudios implicaban y, sobre todo, el horario y la disciplina del seminario le impedían asistir a todas las clases que se impartían en las aulas de la Facultad de Derecho y hacían que tuviera que cursar esas disciplinas como alumno extraordinario o libre. Uno de los profesores de la Facultad en aquel tiempo, D. Miguel Sancho Izquierdo, que acababa de tomar posesión de la cátedra de Derecho Natural, recuerda cómo el entonces joven sacerdote D. Josemaría Escrivá de Balaguer se le presentó un día para explicarle su situación, hacerle notar que no podría participar de la enseñanza ordinaria, y pedirle a la vez permiso para asistir a aquellas clases que le fuera posible; porque, añadió, no quería limitar su pasar por la Universidad a la mera preparación de exámenes, sino que deseaba frecuentarla y conocerla desde dentro, en la medida de sus posibilidades. El profesor Sancho Izquierdo, con quien tuve la posibilidad de entrevistarme, después de narrar esos hechos, comentó: «Después he pensado muchas veces que, en esa petición de D. Josemaría Escrivá de Balaguer, apuntaba ya uno de los rasgos de su espíritu; el sentido de la secularidad, la honda valoración de las realidades humanas». Conuerdo plenamente con ese juicio.

En la entrevista concedida en los años sesenta, le preguntaron cómo debían, a su juicio, plantearse las relaciones entre la fe cristiana y la Universidad. La respuesta va al fondo de la cuestión, comenzando por una frase densa de contenido:

La religión –dijo– es la mayor rebelión del hombre que no quiere vivir como una bestia, que no se conforma –que no se aquieta– si no trata y conoce al Creador; el estudio de la religión es por eso una necesidad fundamental. Un hombre que carezca de formación religiosa no está completamente formado²⁵. La religión no es en modo alguno aniquilación o minusvaloración de lo humano, sino al contrario, potenciamiento y, en ese sentido, rebelión: acto por el que el hombre, reconociéndose ordenado a Dios, afirma su trascendencia, su capacidad y su dimensión de absoluto. Es en la religión donde se encuentra su último fundamento esa pretensión de construir algo perennemente válido, de alcanzar la verdad, de edificar una comunidad que supere lo efímero, que marca desde lo más profundo el corazón del hombre, suscitando empeños y afanes.

Esa centralidad de la religión en la vida humana, reclama que el estudio de la religión –la Teología– esté presente en la Universidad. Habrá de estarlo, en primer lugar, como asignatura, como disciplina que la Universidad cultiva y estudia. Si así no fuera, la Universidad habría dejado de ser *universitas scientiarum*, habría dejado de ser un centro abierto a la universalidad del saber; más aún, habría dejado de ser centro capaz de forjar personalidades plenas. **La religión debe estar presente en la Universidad; y ha de enseñarse a un nivel superior, científico, de buena teología. Una Universidad de la que la religión esté ausente es una Universidad incompleta: porque ignora una dimensión fundamental de la persona humana, que no excluye –sino que exige– las demás dimensiones**²⁶.

²⁵ *Ibidem*, n. 73.

²⁶ *Ibidem*, n. 73. Para un comentario a este punto, ver nuestro estudio *Teología y Ciencia en una visión cristiana de la Universidad*, en «Scripta Theologica» 14 (1982) 873-888.

Pero la presencia de la religión, de la fe, de la teología, en la Universidad no puede limitarse a la de una asignatura. Debe estar presente como luz y como fuerza que dé sentido a la entera labor universitaria. Citemos unas palabras pronunciadas por Mons. Escrivá de Balaguer en 1974 dirigiéndose a quienes iban a ser investidos como Doctores *honoris causa*. La fe, les dijo, os debe guiar en vuestro empeño científico con serenidad y esfuerzo, sabiendo que **afrontar esperanzadamente el futuro con fe sobrenatural no significa en absoluto ignorar los problemas. Todo lo contrario; la fe es nuevo acicate para la búsqueda cotidiana de soluciones, certeza de que ni la ciencia ni la conciencia de un científico pueden aceptar sinrazones de mentirosa eficacia, que lleven a negar el amor humano, a cegar las fuentes de la vida, al hedonismo sutil o al más burdo materialismo, que sofocan la dignidad del hombre y le hacen esclavo de la tristeza. Salvarán este mundo nuestro –concluyó–, no los que pretenden narcotizar la vida del espíritu, reduciendo todo a cuestiones económicas o de bienestar material, sino los que tienen fe en Dios y en el destino eterno del hombre, y saben recibir la verdad de Cristo como luz orientadora para la acción y la conducta**²⁷.

Sentido divino de la vida humana. El cristiano, el hombre de fe –y, a través de ellos, todo hombre, puesto que lo cristiano y lo humano no se contraponen ni meramente se yuxtaponen, sino que se compenetran–, es así situado por Mons. Escrivá de Balaguer ante la grandeza de su misión y ante la grandeza de su responsabilidad. En los textos que hemos venido citando pueden percibirse, entremezcladas, una visión general de la Universidad, válida para todo tiempo, y, a la vez, referencias a vicisitudes concretas de la Universidad en la actual coyuntura del mundo, llena de alegrías y esperanzas, pero también de amenazas e

incertidumbres, en esta inminencia del año 2000 que le gusta recordar al Papa Juan Pablo II y que invita a hacer balance de cómo se ha vivido la fe cristiana en sus ya largos siglos de historia, de cómo ha crecido y configurado en este amplio y crucial lapso de tiempo. Ahí, en ese contexto, se sitúa la Universidad. Ahí es donde debe cumplir su tarea y vivir ese espíritu cuyos rasgos esenciales hemos intentado subrayar, glosando algunas de las enseñanzas de Mons. Escrivá de Balaguer.

Quisiéramos por ello terminar con unas palabras del Prelado del Opus Dei, Mons. Álvaro del Portillo, tomadas de un texto dirigido a la Universidad de Navarra el 26 de junio de 1985, con motivo de un acto académico destinado a conmemorar este mismo décimo aniversario que ahora, aquí en Chile, estamos reviviendo: «En todos los países, la Universidad, con sus tareas docentes e investigadoras, con su aspiración a profundizar en las fuentes de la sabiduría y de la ciencia, es como la vanguardia de la sociedad civil: en aulas y laboratorios, en bibliotecas y hospitales, se fragua día a día un espíritu que puede ser cristiano –y llevar, por tanto, a los hombres por sendas que conducen a la vida eterna–, y que puede ser, desgraciadamente, ajeno al mensaje de Cristo con todas las funestas consecuencias que la historia –también la más reciente– ha puesto de relieve. De ahí la gran responsabilidad que recae sobre la institución universitaria». En este tiempo, como ocurrió en épocas pasadas y como continuará ocurriendo en el futuro, la humanidad, y con ella la Universidad, se encuentran situadas ante un destino. La enseñanza de Mons. Escrivá de Balaguer, que hemos procurado resumir y presentar, podrá ayudarnos eficazmente a hacer frente a la parcela que en esa tarea, como universitarios, nos corresponde.

²⁷ *Discurso*, cit. en la nota 18